

¡HAY QUE VER!

El Museo de la Piedra de Campaspero

Carlos Calvo Alonso

Puede ser que la denominación del pueblo de Campaspero derive de “campo áspero”, en el correspondiente latín de los eruditos, y que la apariencia del paisaje, en la paramera que nos lleva de Peñafiel a Cuellar, de pie a pensar, en una primera impresión, que el nombre está bien traído; así son nuestras llanuras. Pero si nos adentramos en el caserío siguiendo las indicaciones que nos llevan puntualmente ante la fachada de su Museo de la Piedra y tenemos ocasión de recibir la atención de la señora Soledad, cuidadora i guía de las instalaciones, del campasperano Jesús, “Botas”, García (artista que expone su colección “Memoria Viva” en las fechas en que a uno se le ha ocurrido subir al páramo) y del grupo de vecinos que toman el sol en los pretiles del cercado del edificio, veremos que lo de “campo áspero puede ir bien para el paisaje, pero no para el paisanaje, que es de gentes de conversación y resolución directa, a lo vacceo, pero amable y atenta donde la haya. Por lo menos, por lo que a mi experiencia se refiere.

Y, ya puestos a hacer introducciones, digamos que “Botas” es el apodo de Jesús García, y que de ello nos informó el interesado con toda naturalidad porque, si en todos los pueblos los apodos son inevitables, en Campaspero son imprescindibles para no perderse en el laberinto de “Garcías” que jalonan los apellidos del personal. Por lo que me cuentan, hubo un cura en el pueblo, de aquellos de autoridad, de los que daban a elegir entre beso en la mano o capón, que tomó la decisión inapelable de que a los nacidos en la localidad se les ponía el nombre del santo del día para evitar confusiones. Parece ser que lo de los apodos ha acabado por ser, mire usted por donde, más adecuado a los tiempos modernos y ahora los bebés de Campaspero pueden llamarse como quieran sus progenitores; eso sí, con algún “garcía” detrás. Así me lo explicaron mis interlocutores en amena conversación al sol del páramo y así lo explico yo antes de hablar del Museo de la Piedra, que no solo de pan y canteras viven los pueblos.

Está la institución que hoy visitamos ubicada en el edificio de unas antiguas escuelas de la localidad que, entre otras sustanciales y necesarias reformas, cambió su antigua fachada de ladrillo, que no estaba nada mal, por lo que se ve en las fotos, por una presentación en piedra caliza que ha quedado muy aparente y más adecuada al discurso museístico que cobija.



Me gusta mucho el sector de su patio que llaman **Bosque de Piedra**, en el que trece bloques monolíticos muestran las variedades pétreas más significativas que se extraen en Castilla y León. Que se me perdone la fantasía, pero a mí el conjunto de monolitos me remite no sé si a una instalación de escultura muy contemporánea, a un paraje ancestral de menhires megalíticos o a las dos cosas a la vez.

Aunque hubiesen podido estar relacionadas con la Prehistoria, seguramente no fueron estas las reflexiones que motivaron al escultor Lorenzo Duque Martín para realizar el divertido tronco-móvil que decora el patio central junto a la expresiva escultura del cantero que aflora de la piedra modelando su propia imagen, obra del mismo artista y símbolo del Museo. Y ya en este mismo patio central, los ojos se nos van al frente, a la representación fidedigna de una impresionante pared de cantera que domina el espacio, con algunos de los artefactos más representativos del trabajo de extracción de la

piedra, depositados aquí y allá en dispersa y cuidada exposición.



Por cierto, en este patio central la señora Soledad suele someter a prueba la experiencia del visitante respecto a los materiales de construcción haciéndonos golpear con un canto dos restos de cornisas. Uno de ellos responde con sonido seco y el otro da una alegre respuesta cantarina. Se trata de averiguar cuál de ellos es de mejor calidad, cuál es el que no tiene “pelos” (fisuras indeseadas en su interior). Uno sabe por experiencia que las muestras exteriores más armoniosas no siempre se corresponden con la calidad de las almas que las emiten, pero, puestos a elegir, y a pesar muchos desengaños, se suele inclinar por lo que parece más agradable, y esta vez acierta. La muestra más cantarina es la que no tiene fisuras preocupantes en su alma de piedra. Lo ponemos aquí para que el lector acierte también el día de su visita; pero, por favor, no le digan a la señora Soledad que nos hemos chivado.

Ya dentro del edificio, un ameno audiovisual, titulado “**Corazón de Piedra**”, nos va a proporcionar algunos datos de la historia de Campaspero y, sobre todo, nos explicará la evolución de las sucesivas fases del trabajo de la piedra y la importancia que éste ha tenido en la economía local. Decimos que el audiovisual es ameno y a ello contribuye el que buena parte de las intervenciones corra a cargo de trabajadores, que con sus vivas experiencias aportan vitalidad al documento. No se preocupe el visitante si los contenidos se le quedan cortos, aunque no lo son, porque la continuación de la visita le va a permitir completarlos: podrá estudiar paneles y vídeos y contemplar una muy buena colección de herramientas. Acabará bien pertrechado

de datos geológicos, de hermosas palabras que denominan procesos e instrumentos y de alguna idea inicial sobre técnicas de construcciones pétreas y acabados de fachadas.

Las canteras siguen siendo en Campaspero trincheras de resistencia para no caer del todo en el pozo de la España Vacía. De 60 a 80 de sus habitantes (así a ojo de buen cubero me lo calculan) se dedican actualmente al trabajo de la piedra, pero el pueblo ha sido y sigue siendo fundamentalmente labrador. Basta recordar, por ejemplo, que hasta que los cupos fueron acabando con el cultivo de la remolacha, Campaspero, en proporción a la extensión de su término, era el segundo productor remolachero de España, después de Jerez. De hecho, tradicionalmente, el trabajo en la cantera era muchas veces una fuente complementaria de ingresos para los pequeños agricultores. Vendría a ser una dinámica de ocupaciones inversa a la de Peñafiel, donde era la agricultura, el viñedo, la que podía dar ocupación complementaria en pequeñas parcelas a los modestos artesanos de la Villa.



Por eso no ha sido mala idea que el Museo dedique una sala a la economía local y se haya esmerado en darle un toque de modernidad, como apostando por el futuro. Se destaca, claro está, la producción agrícola, pero también se recuerda que la población ha sido siempre renombrada por su pan y por sus mantecados, que nunca han faltado los buenos embutidos, que aquí siempre se ha bordado bien y que, incluso, se elabora cerveza artesanal...

Tampoco faltan en el Museo las referencias a las costumbres del pueblo y desde paneles y fotos nos llega información sobre su vida tradicional: las fiestas de los quintos, el paraje de la fuente de las

Mingueleras, donde nace el arroyo Valcoroba y se iba a merendar antes de que unas instalaciones porcinas arruinasen su encanto, los chozos de cantera, distintos de los de pastores... Son los de Campaspero muy suyos para lo suyo, y así lo podrá comprobar el visitante si se lee el libro *"Campaspero: las imágenes de nuestras vidas, 1900-1980"*, en el que, por ejemplo, podrá informarse de que el traje tradicional "churro" tiene más abalorios que el habitual de la provincia de Valladolid. ¿Qué por qué "churro"? Porque Campaspero es la capital de la comarca de la Churrería, que sobrepasa los límites de la provincia, "y es que por aquí siempre hemos tirado un poco hacia Segovia".

Como ya hemos dicho, cuando lo visitamos tenía el Museo ocupada su sala de exposiciones por una muestra de Jesús García, artista local polifacético, vecinado en Valladolid. Es posible que cuando ustedes se animen a llegarse hasta allí, Jesús haya retirado ya sus obras; no obstante, quiero recordarlas en este reportaje porque el artista es de los que dicen eso de "aquí estamos para lo que haga falta". Y, como el artista es de Campaspero y lo dice en Campaspero, la frase suena muy de verdad. Ecléctico e interesante, el trabajo de Jesús García le ha permitido recoger herramientas de la agricultura y artesanía tradicionales, pero también ha dado como resultado una colección de instrumentos musicales de producción propia ("que tengo que aprender a tocar") y obras escultóricas conceptuales elaboradas a base de diversos materiales reciclados.

Tiempo bien aprovechado el que se dedique a Campaspero y su Museo de la Piedra, se podrá redondear atendiendo a su gastronomía. Eso sí, el viajero tendrá que ser previsor si quieren hacerlo en condiciones porque en el pueblo se asan muy bien los lechazos de las ovejas churras y algunos de sus locales de hostelería tienen merecida fama... y lista de espera.

<https://museoscastillayleon.jcyl.es/web/jcyl/MuseosCastillayLeon/es/Plantilla100Detalle/1258100892610/Institucion/1285023294011/DirectorioPadre>